

Janet  
e Isaac **Asimov**

# **NORB**

**EL ROBOT EXTRAORDINARIO**



Norby no es un robot aerodinámico, sino que se parece a un barril, es una parodia de una parodia; pero está dotado de una iniciativa y de una imaginación que roza la anarquía cuando se trata de actuar. Y yo diría que no sólo la roza. La practica con argucia y arrogancia, inspiración y doctrina, gravedad y candidez.

Norby es, a su manera, el autorretrato más logrado entre los infinitos que hasta ahora nos ha propuesto Isaac Asimov.

Evidentemente, las «Tres leyes de la robótica» caen ante el ataque despiadado de los seguidores de Ing contra Manhattan, contra Nueva York y, por fin, contra el mundo. Sólo este secundamano sabe cómo mover las piezas y las mueve.

## Introducción

*Es probable que, de vez en cuando, oigáis decir que Isaac Asimov es el padre del robot en la literatura, pero no es verdad. En la literatura se empezó pronto a hablar de seres humanos artificiales, de autómatas, de criaturas como Frankenstein, etc.; sin embargo, el primero que hablo de robots fue, sin duda alguna, el escritor checoslovaco Karel Capek: en 1920 publicó un drama titulado «RUR», se representó en checo, por primera vez en 1921 y se tradujo al inglés en 1923. Estas iniciales quieren decir Rossum's Universal Robots, «los robots universales de Rossum». Rossum es —en el drama de Karel Capek— el nombre del personaje inglés que empieza a producir en masa seres humanos artificiales para que realicen el trabajo de la humanidad.*

Isaac Asimov nació en 1920 en la ciudad de Petrovich (con acento, según él, en la segunda sílaba, pero no está completamente seguro) en la URSS, que desde hacía tan solo dos años se llamaba así y no Rusia, ya que la revolución bolchevique había tenido lugar dos años antes. En 1923, se trasladó a los Estados Unidos con toda la familia: su padre, Judá, su madre, Ana, y su hermana, Marcia. Pero no es mi intención contaros desde el principio la vida de Isaac Asimov. Solo quería que conocieseis la fecha de su nacimiento, que refuta la idea de que él sea el padre de los robots. Nunca se ha dado el caso de que alguien sea padre de otro de su misma edad. Como mucho, Isaac Asimov y la palabra robot son hermanastros, solo eso.

*La palabra robot deriva del termino checo robota, que significa trabajo servil; además, rob, en el eslavo antiguo, significa esclavo. Por lo tanto, prácticamente, el robot es un esclavo, y cuando tradujeron al inglés el drama de Karel Capek, podían haber traducido la palabra robots por esclavos. Pero esta vez, la lengua inglesa, que habitualmente invade las demás lenguas con sus vocablos, respeto y acogió un término extranjero. Como esclavo es una palabra que se aplica comúnmente a los seres humanos, no habría reflejado la diferencia que existe entre las cualidades artificiales de los robots universales de Rossum y las cualidades naturales de los seres humanos obligados al trabajo servil.*

*Al no ser la palabra robot una palabra inglesa, la podían dejar en la traducción igual que en el original y designar a los esclavos artificiales con un nombre que no los confundiera con los esclavos naturales. Esto sucedió exactamente el mismo año en que Isaac y su familia llegaban a un país de lengua inglesa.*

*Isaac Asimov opina que el drama de Karel Capek es horrible (y creo que tiene razón); pero ha conquistado la inmortalidad gracias a esa única palabra, que ha sido adoptada por cuantos escriben sobre ciencia-ficción (y una vez mas, creo que tiene razón). Desde 1926 en adelante, es decir, desde que en Estados Unidos empezaron a aparecer revistas de ciencia-ficción, los robots que en ellas se describen son casi siempre de metal. Por consiguiente, la palabra robot se refiere específicamente a un ser humano artificial construido casi por completo, o por completo, de metal. Es gracioso, pero Karel Capek en «RUR» había inventado esa palabra para definir a seres humanos artificiales que no eran robots, según la acepción moderna del termino, sino mas bien androides. Androide, de hecho, es cualquier ser humano artificial construido con sustancias parecidas a los tejidos humanos. El termino griego andros, genitivo de aner, no indica al hombre en sentido genérico, sino al ser humano de sexo masculino. Por lo tanto, androide significa*

semejante al macho. Si nos refiriéramos a la mujer, por similitud, tendríamos que decir ginoide, del termino griego gine, que indica al ser humano de sexo femenino. Para ya sabéis como son los hombres. Prepotentes. Dicen hombre y piensan que mujer esta incluido.

Isaac Asimov codifico en los años cuarenta las «Tres leyes de la robótica», que rigen en la ciencia-ficción:

1) Un robot no puede causar daño a ningún ser humano, ni puede permitir que, por no haber intervenido, lo reciba.

2) un robot debe cumplir las ordenes de los seres humanos siempre que no transgredan la primera ley.

3) un robot debe proteger su propia existencia con tal de que esta autodefensa no contravenga a la primera o a la segunda ley.

Los robots crecían y se multiplicaban desordenadamente en las historias que se publicaban en las revistas populares. Isaac Asimov había leído tantas en los años treinta que se había cansado. A fuerza de desordenes, los robots creados por el hombre terminaban, antes o después, por rebelarse contra su creador. A Isaac Asimov no le parecía justo ni higiénico. Y después de todo, el, además de su pasión por la ciencia-ficción, alimentaba su pasión por la ciencia como estudioso de bioquímica. Declararse vencido antes de haber luchado, no le agradaba y, como lector, deseaba historias mas ordenadas, que quizá llevaran a conclusiones distintas. Conclusiones un poco mas optimistas. ¿Por qué, si el hombre creaba los robots, estos tenían por fuerza que rebelarse contra el? ¿No se podía encontrar el modo de prevenir la rebelión, de prohibirla por ley? ¿Por qué no había leyes para los robots de la misma manera que las hay para los hombres? Puesto que era el hombre quien creaba a los robots, ¿no podría introducir en su criatura una ley oportuna? Tras la codificación, las «Tres leyes de la robótica» fueron adoptadas por muchos autores, además de Isaac Asimov: logro restablecer el orden en estas clases in-

*disciplinadas entre los tumultuosos escolares de la ciencia-ficción. Ha llegado a ser, si no el padre, el patrón de los robots en la literatura.*

*En octubre de 1938, Isaac Asimov empezó a vender historias de ciencia-ficción a las revistas, y desde entonces no ha cesado: lo menos que se puede decir de él es que es prolífico; se han publicado dos recopilaciones suyas muy interesantes: «Yo robot», en 1950 y «El segundo libro de los Robots», en 1964. Pero, poco a poco, Isaac Asimov ha debido sentir el gusanillo de la intolerancia por el regalo de las «Tres leyes de la robótica», hasta tal punto que, a pesar de su proverbial falta de modestia, se vio obligado a confesar que le fueron inspiradas por el celebre promotor y director de revistas de ciencia-ficción John Wood Campbell Jr., en 1940, durante un encuentro de redacción a finales de 1940. El relato que le proponía Isaac Asimov se titulaba «Mentiroso»; él le iba ilustrando la trama, ensalzando los méritos e intentando explicar a John Wood Campbell Jr. porqué los robots debían comportarse de una manera determinada respecto al hombre. Pero este le interrumpió y le enunció las «Tres leyes de la robótica» que más tarde, probablemente con mayor rigor, codificó Asimov. Quizá por ello, las «Tres leyes de la robótica» empezaron a aburrir a su codificador. Esta puede ser la razón fundamental de que sea diferente Norby, el robot de segunda mano que elige unirse a Jeff Wells, el cadete del espacio caído en desgracia, en esta primera, divertida, apasionante e intrigante aventura que leeréis en las próximas páginas.*

*Otra razón fundamental me la sugiere la fecha reciente de la publicación del original de esta novela. En «La Guerra de las Galaxias», de 1977, el director y productor cinematográfico, que tantos éxitos ha cosechado, George Lucas, ha llevado desde la pantalla a la imaginación colectiva a una pareja de robots que parecen una parodia sacada directamente de las dos recopilaciones de relatos robóticos de Isaac Asimov; este, aun reconociendo el mérito de «La*

Guerra de las Galaxias», ha debido querer tomarse la revancha y ha recurrido a la ayuda de Janet Asimov. Norby no es un robot aerodinámico, sino que se parece a un barril, es una parodia de una parodia; pero esta dotado de una iniciativa y de una imaginación que roza la anarquía cuando se trata de actuar. Y yo diría que no solo la roza. La practica con argucia y arrogancia, inspiración y doctrina, gravedad y candidez. Norby es, a su manera, el autorretrato mas logrado entre los infinitos que hasta ahora nos ha propuesto Isaac Asimov. Evidentemente, las «Tres leyes de la robótica» caen ante el ataque despiadado de los seguidores de Ing contra Manhattan, contra Nueva York y, por fin, contra el mundo. Solo este Segundamano sabe como mover las piezas y las mueve. El resto lo veremos en el próximo libro, porque, para suerte, «**Norby, el robot extravagante**» es el principio de un ciclo, el resto llegara pronto, tanto para vuestra diversión como para la mía, para la nuestra.

Oreste del Buono

# 1. Con problemas y sin colegio

¿Problemas? —se pregunto Jeff algo inquieto—. ¿Por qué tengo problemas?

Solo tenía catorce años, a pesar de su estatura, y le parecía que llevaba por lo menos doce de esos años haciéndose la misma pregunta.

Al principio había tenido que preguntárselo a sus padres, luego a su hermano mayor, a su profesor y a su control de ordenador. Entonces no le había ido del todo mal, pero tener que preguntárselo ahora al Jefe del Mando del Espacio era ya toda una hazaña, y no le hacia mucha gracia que digamos.

De pie, junto a Jeff, estaba el agente segundo Gidlow, que no le era de ninguna ayuda. Gidlow iba vestido todo de gris, y miraba despectivamente a Jeff con los ojos rojos y coléricos. Incluso parecía tener la piel pálida, mortecina.

—No solo tienes problemas —le espeto Gidlow a Jeff—. Tu eres un problema.

Se giro hacia el Almirante Yobo y corto el aire con un movimiento horizontal de la mano, como si lo que en verdad estuviera cortando fuera el cuello de Jeff:

—Almirante, cuando un perturbador confunde a los ordenadores...

El Almirante permaneció tranquilo. La Academia Espacial, que dependía del Mando del Espacio, tenía que hacer frente a graves problemas y él estaba siempre en el meollo



de todos ellos. Un cadete indisciplinado no era algo que tuviera que sacarle de sus casillas.

Además, Jeff, el mismo tipo de adolescente alto y desgarbado que había sido el unos años atrás, le agradaba (aunque esto no viniera a cuento) y estaba ya harto de ese sentido estricto de la disciplina que tenía Gidlow (aunque esto tampoco viniera a cuento).

—Vamos a ver, Gidlow —dijo el Almirante Yobo, frunciendo un poco su amplia y morena frente—, ¿a que viene tanto jaleo? Recuerde que usted no forma parte de la Academia y que no tiene autoridad aquí. Si va a perseguir todas las travesuras trayendo al cadete de que se trate a mi oficina para que el Control de Seguridad de la Federación lo encierre, no me quedara tiempo para nada mas. Que yo sepa, solo estaba intentando aprender mientras dormía y las normas no dicen nada en contra.

—Si se hace bien, no —dijo Gidlow—, si se hace mal, ya es otra cosa. Se metió en la red del ordenador principal, accidentalmente, según dice.

—Accidentalmente, por supuesto, Agente Gidlow —dijo Jeff con total sinceridad. Aparto de sus ojos su pelo moreno y rizado y permaneció todo lo erguido que pudo, de manera que resultaba mas alto que el agente—. ¿Por qué iba a hacerlo a propósito?

Gidlow sonrió sin ganas. Sus dientes puntiagudos se veían tan grises como su ropa y su piel descolorida.

—Si lo prefiere, Cadete, no lo hizo usted a lo tonto, lo cual no es mucho mejor. Almirante, lo he traído ante usted porque es un asunto de expulsión por razones de seguridad y eso es cosa de su competencia.

—¿Seguridad?

—La forma en que este cadete se introdujo en la red del ordenador principal, accidentalmente, dice el, ha hecho que el ordenador de la cocina proporcione una serie de datos erróneos.

—¿Datos? ¿Que datos?

—No me parece oportuno comentarlo delante del cadete —contesto Gidlow apretando los labios.

—No sea tonto, Gidlow. Si se trata de un asunto de expulsión, el joven tiene derecho a saber que falta ha cometido.

—Una de las cosas, y puede ser suficiente por si sola, es que, como resultado de su estúpida conexión, todo se ha filtrado a través del ordenador de la cocina, lo que, entre otras cosas, significa que todas las recetas están ahora en Swahili de la Colonia Marciana.

El Almirante, que había estado jugando con los botones de su pupitre, comenzó a reírse entre dientes mientras miraba extrañado en su visor particular:

—Veo que un tal Jefferson Wells, de catorce años, suspendió en Swahili de la Colonia Marciana el semestre pasado.

—Si, Señor —dijo Jeff, intentando no ponerse nervioso—. Al parecer, no le había cogido el truco; pero ahora le estoy dando un repaso para el examen final de la semana próxima y trataba de aprender mientras dormía. Siento muchísimo lo del ordenador. Creí que estaba siguiendo bien las instrucciones y, por mas que lo pienso, no se donde me equivoque.

—No hay nada que pensar, punto —dijo Gidlow—. Lo cierto, Almirante, es que, hasta que volvamos a pasar las recetas al Basic Terral o hasta que se programe de nuevo el ordenador de la cocina para que se maneje en Swahili Marciano, no hay forma de que esta funcione. Nadie podrá comer en el Mando del Espacio; ni siquiera se podrá conseguir comida en lata. Creo —añadió mohíno— que quizá sería posible conseguir una provisión de tallos de apio, puesto que todavía no se han incluido en el índice.

—¿Que? —rugió Yobo.

Jeff se revolvió incomodo. Recordó, deseando que la tierra se lo tragara, que el Almirante Yobo era conocido por

su profundo conocimiento del Swahili Marciano, incluso los tacos, así como por su increíble apetito.

—Lo dicho, Señor —replico Gidlow, tieso.

—Pero eso es ridículo —mascullo el Almirante Yobo, apretando los dientes—. El ordenador debe saber Marciano.

Gidlow miro de reojo a Jeff, que estaba intentando mantenerse aun mas tieso en su posición de firmes. Casi en un susurro, dijo:

—En el ordenador de la cocina se han introducido secretos muy importantes, junto con todo lo demás, y el Control del Ordenador dice ahora que todo esta clasificado en el ordenador de la cocina, lo cual significa que los robots cocineros no funcionaran y que pasara mucho tiempo antes de que podamos meternos en el ordenador de la cocina para hacer algo al respecto.

—Lo que equivale —dijo el Almirante— a que pasara mucho tiempo antes de que yo..., antes de que cualquiera de nosotros pueda comer algo.

—Si, Señor; por eso se trata de un asunto de expulsión. De hecho tendremos que apartar mentalmente a este cadete antes de expulsarle, a fin de descubrir si se le ha quedado algún tipo de material clasificado.

—Pero, Señor Gidlow —dijo Jeff algo ronco, porque la boca se le había secado por el pánico (había oído contar cosas sobre lo que sucedía a la gente sometida a invasión mental)—, no se nada de Swahili, ni siquiera ahora. El aprendizaje en sueños no tuvo ningún éxito, por lo que no se me ha quedado ningún material clasificado. No pille nada, excepto algunas extrañas recetas Marcianas.

—¿Extrañas? —dijo el Almirante, mirándole furioso—. ¿Crees que la comida Marciana es extraña?

—No, Señor; no era eso lo que quería decir...

—Almirante —dijo Gidlow—, esta claro que tiene información clasificada que el cree que son recetas. Se le debe apartar.

Jeff se sintió presa de la desesperación.

—No tengo nada clasificado, solo recetas. Lo que hace que resulten extrañas es que están en Swahili de la Colonia Marciana, que sigo diciéndoles que yo no entiendo.

—Entonces, ¿como sabes que son recetas, eh? Almirante, este pequeño perturbador se esta acusando con sus propias palabras.

—Conozco los nombres en Marciano de algunos de sus platos —dijo Jeff—. Por eso lo sé. Me gusta ir a restaurantes marcianos. Mi hermano solía llevarme; para el no hay nada como la cocina marciana.

—Muy bien.

El Almirante Yobo dejó de lanzarle miradas furiosas y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Tu hermano tiene buen gusto.

—Eso no tiene nada que ver, Almirante —dijo Gidlow—. El cadete tendrá que dejar la Escuela y acompañarme. Descubriré lo que sabe.

—No puedo dejar la Escuela —dijo Jeff—, estamos casi a final de semestre y me he inscrito en los cursos de verano para aprender robótica avanzada e inventar un hipermando.

—¡Ja, ja! —rio Gidlow con socarronería—. Con su expediente académico es probable que utilice el hipermando para enviar al Mando del Espacio hasta el Sol. Nadie ha inventado un hipermando y nadie lo hará jamás. Y, si alguien lo hiciera alguna vez, no sería un memo como usted. No va a volver a la Escuela, porque esta suspendido y espero que para siempre.

—¿No soy yo el que debe tomar esa decisión? —dijo Yobo muy despacio.

—Si, Almirante —contesto Gidlow—, pero en estas circunstancias, comprenderá usted, que no puede decidir otra cosa. Con las cuestiones de seguridad...

—Por favor —suplico Jeff, a punto de desmayarse—, todo ha sido un accidente.

Parecía como si las paredes de la oficina privada del Almirante, oscuras y recubiertas de paneles, fueran a caérsele encima y como si Gidlow se fuera convirtiendo en algo cada vez mas grande y mas gris.

—¿Accidente? ¡Claro! Es usted un peligro para la Federación Solar —dijo Gidlow—. Y, aunque no lo fuera, para usted se acabó la Academia. Pues sucede, Almirante, que las clases del cadete Jefferson Wells hace tiempo que están pendientes de pago. He indagado la cuestión y he descubierto que no tiene dinero para costearlas. La sociedad de la familia Wells ha quebrado. Farley Gordon Wells, llamado Fargo Wells, ha llegado a eso.

—¿No? ¡Es es m...! ¡Eso no es cierto! —grito Jeff, ofendido.

El Almirante Yobo se inclino hacia delante en su enorme silla:

—¿Es Fargo Wells el cabeza de familia?

—Si, Señor —contestó Gidlow—. ¿Le conoce?

—No demasiado, no demasiado —respondió Yobo sin ninguna expresión en el rostro—. Estaba en la Flota.

—Se vio obligado a renunciar; sospecho que por su total incompetencia. Esta claro que es algo hereditario. Y es igual de incompetente en la administración de las finanzas familiares.

—¡Eso no es cierto! ¡No es cierto! —dijo Jeff.

—Si no se trata de incompetencia, entonces es un sabotaje general. Solo nos queda esa alternativa. Podría estar al servicio de la Liga de Ing para tomar el Poder; ser uno de los espías de Ing.

—¡Se equivoca! —grito Jeff—. Mi hermano no es un traidor. No se vio obligado a renunciar. Tuvo que hacerlo cuando mis padres se mataron en un accidente, porque no quedaba nadie que pudiera ocuparse del negocio familiar. Estoy seguro de que hizo un buen trabajo.

—Un trabajo tan bueno —dijo Gidlow— que ni siquiera dejó dinero suficiente para que usted pudiera pagar su en-

señanza. Lo que no hace al caso, pues, aunque usted tuviese un millón de créditos, tendría que marcharse, y eso debería consolarle. Vendrá conmigo, me acompañara al Control de Seguridad para someterle a una investigación mas minuciosa. Y, cuando hayamos acabado con usted, le mandaremos con su hermano, si es que sabe donde esta —Gidlow miro al Almirante—. He intentado localizar a Fargo Wells, sin conseguirlo.

—No acabo de entenderlo —dijo tranquilamente el Almirante Yobo—. He consultado la Central del ordenador y, según parece, no hay problemas.

Sus dedos recorrieron rápidamente las teclas de control de la consola y la pantalla de la pared se encendió.

A Jeff se le subió el corazón a la boca, al ver en la pantalla la imagen de su hermano. Necesitaba la fuerza y el animo de Fargo; pero este no fue mas que un primer deseo, seguido de una consternación inmediata. Los ojos azules y penetrantes de Fargo carecían del brillo que le era familiar y su pelo, negro y revuelto, aparecía perfectamente repeinado.

Esto si que es un problema, pensó Jeff. Por lo que veo, ni siquiera Fargo es ya quien era.

La imagen holográfica de Fargo asintió gravemente:

—Veo que esta usted acompañado, Almirante, y adivino la razón. ¿Cree nuestro señor Gidlow que Jeff esta al servicio de Ing? Admito que mi hermano menor aparenta mas edad de la que tiene, pero a ningún cadete del Espacio se le puede obligar a someterse a una de las famosas investigaciones de Gidlow. Ni tan siquiera el asunto de Ing «el Ingrato» lo justifica.

—No ha dado usted en el blanco, señor Wells —dijo Gidlow, rígido—. No es que sospechemos que su hermano este confabulado con Ing, aunque en estos tiempos tan deplorables, no puede uno fiarse de nadie. Lo único que queremos descubrir es que tipo de material clasificado en Swahili Marciano ha asimilado del ordenador y le aseguro

que lo haremos. No será usted el que me lo impida, señor Wells.

—Gidlow, admiro su total y absoluta seguridad, pero la Academia Espacial forma parte del Mando del Espacio —dijo Yobo— y, cuando se trata de investigaciones, me parece que soy yo quien tiene la última palabra.

—Si es algo que atañe a la seguridad, la responsabilidad no puede disociarse, Almirante. Con todo mi respeto, la decisión es mía.

—Con todo mi respeto, Gidlow, no lo es.

Yobo se levanto majestuosamente, elevándose como el Monte Olimpo de su Marte natal.

—Seré yo quien decida lo que hay que hacer con el chico.

Fargo se echo a reír de repente y empezó a hablar con fluidez en Swahili de la Colonia Marciana.

Gidlow se quedo boquiabierto, mientras el Almirante Yobo apretaba sus enormes puños y fruncía el ceño.

Jeff se sintió desconcertado.

—Fargo, ¿que haces?

—Contando algunos secretos de estado, hermanito.

El Almirante miro a Jeff:

—¿No has entendido ni una palabra, verdad?

—No señor.

—Esta mintiendo —dijo Gidlow.

—No creo —corto Yobo—. Considerando lo que ha dicho Fargo Wells, tendría que haber sido un actor consumado, para permanecer impertérrito. Se puede aceptar con toda garantía lo que acaba de probarnos Wells con su representación, esto es, que los intentos del chico por aprender en sueños no han tenido ningún éxito, tal como el mismo decía. Puede volver a la Academia.

—Protesto, Almirante —dijo Gidlow—. La directora de la Academia ha admitido en mi presencia que hace tiempo que no se pagan las clases del chico, que solo gracias a su magnifico expediente académico, eso era antes, ha podido